
CULTURA POLÍTICA Y DEMOCRACIA ESTABLE

Ronald Inglehart
Universidad de Michigan

RESUMEN. Las poblaciones de las diferentes sociedades se caracterizan por actitudes culturales duraderas que tienen consecuencias políticas y económicas importantes. Este artículo pone de manifiesto que, a lo largo del período 1973-1987, determinadas nacionalidades presentaban de forma sistemática niveles relativamente altos o bajos de una «Cultura Cívica», es decir, un síndrome coherente de satisfacción personal ante la vida, satisfacción política, confianza interpersonal y apoyo al orden social existente. Las naciones que ocupan un lugar elevado en el *ranking* de este conjunto de actitudes también muestran una predisposición mucho mayor a ser democracias estables que las que se sitúan al final de este *ranking*.

Introducción

Ha llegado el momento de restablecer el equilibrio en el análisis social. Desde finales de los años sesenta han predominado los modelos de elección racional que ponen el énfasis en las variables económicas, y los factores culturales han quedado postergados hasta extremos poco realistas. Este enfoque ha contribuido de forma fundamental a nuestra comprensión del funcionamiento de la política; no obstante, tiende a infravalorar la importancia de los factores culturales, debido, en parte, a la disponibilidad y abundancia de indicadores económicos, frente a la escasez general de datos culturales que puedan adecuarse a los modelos econométricos.

La insuficiencia de los modelos que ignoran los factores culturales se está haciendo cada vez más evidente. En las sociedades católicas desde América Latina hasta Polonia, la Iglesia desempeña un papel fundamental, a pesar de las predicciones frecuentes sobre su extinción hechas por los deterministas económicos. En el mundo islámico, el fundamentalismo musulmán se ha convertido en un factor político que ni Oriente ni Occidente pueden ignorar. La zona de influencia del confucianismo en Asia Oriental manifiesta un dinamismo económico que deja atrás a cualquier otra región del mundo; siendo una de las regiones *menos* favorecidas de la tierra por los factores económicos, resulta virtualmente imposible, sin embargo, explicarse su comportamiento sin referencia a los factores culturales. Incluso en las sociedades industrializadas avanzadas, la religión no sólo tiene más peso que la clase social, como una influencia en la conducta electoral, sino que, realmente, parece estar sacándole ventaja: mientras que la influencia de la clase social en el voto se ha debilitado marcadamente en décadas recientes, las divisiones religiosas muestran una persistencia sorprendente.

No hay duda de que los factores económicos son importantes políticamente; pero solamente constituyen una parte de la historia. Este artículo defiende que las diferentes sociedades están caracterizadas en grados muy distintos por un síndrome específico de actitudes relacionadas con la cultura política; que estas diferencias culturales son relativamente permanentes, pero no inmutables; y que pueden tener consecuencias políticas fundamentales, estando estrechamente vinculadas a la viabilidad de las instituciones democráticas.

Después de su florecimiento en la década de los sesenta, el concepto de cultura política comenzó a ser atacado. En 1963, la fuente principal de la investigación sobre cultura política, *The Civic Culture*, de Almond y Verba, supuso un avance tremendo. Las obras anteriores que habían intentado tratar el impacto de la cultura en la política se fundaban en impresiones generales. Las influencias culturales en los comportamientos políticos propios de un pueblo determinado venían interpretándose en términos de vagas características, aunque supuestamente indelebles, tales como el «carácter nacional». Podía invocarse el *furor germanicus* descrito por los historiadores romanos a fin de explicar el militarismo alemán contemporáneo, olvidándose los siglos intermedios en los que la imagen imperante de los alemanes les retrataba como melómanos amantes de la cerveza, condenados por naturaleza a ser presa de vecinos más militaristas, como los suecos o los franceses. Al proporcionar por vez primera una teoría muy elaborada de la cultura política, basada en datos empíricos comparativos internacionales, Almond y Verba abandonaban el ámbito de las impresiones literarias para entrar en el de las proposiciones que pueden probarse.

En años posteriores, a menudo se reprochó que la cultura política era un concepto estático; y que Almond y Verba habían afirmado etnocéntricamente la superioridad (supuestamente permanente) de la cultura anglosajona

sobre la de otras naciones. Porque, aunque sus intereses teóricos estuvieran relacionados con posibles cambios en la cultura política, su análisis se basaba en datos referidos a un momento determinado en el tiempo y, por lo tanto, era estático necesariamente. Los británicos y americanos, tal y como se había planteado en la hipótesis, ocupaban lugares más elevados que los alemanes, italianos y mexicanos en el *ranking* de la confianza interpersonal, el orgullo por sus instituciones políticas y los sentimientos sobre su capacidad política. Pero, puesto que estas variables, de hecho, eran constantes para cada país, resultó imposible analizar sus relaciones con otros macrofenómenos o hacer un seguimiento de las variaciones en el tiempo. Por lo que a la evidencia empírica se refiere, entonces, la cultura política británica y la americana bien podrían haber sido inherentemente y de forma permanente más democráticas que las de Alemania, Italia y México.

El concepto de cultura política fue objeto de ataques no sólo por razones empíricas, sino también por razones ideológicas. Tradicionalmente, los partidarios de la izquierda tienden a considerar que los problemas sociales tienen su causa en defectos de la estructura social, y, por consiguiente, buscan su solución en los programas de gobierno. Por el contrario, los conservadores tienden a atribuir la responsabilidad de los problemas sociales al individuo más que a la sociedad. Los ideólogos más rígidos de cada lado tienden a considerar que las causas de cualquier fenómeno social dado, o bien se deben *enteramente* a la estructura social, quedando el control y la responsabilidad completamente fuera del individuo, o bien constituyen por completo una cuestión de responsabilidad individual solamente. De hecho, la mayoría de los fenómenos parecen reflejar la interacción tanto de factores individuales como estructurales, y la importancia relativa de los mismos puede variar de forma sustancial. Por un lado, se pueden concebir situaciones tan totalmente estructuradas y de una forma tan rígida que virtualmente nada que pueda hacer el individuo afecta a su destino. La situación de un prisionero en un campo de concentración puede aproximarse a este extremo. Por otro lado, también se pueden concebir situaciones en las que lo que ocurre refleja principalmente el comportamiento del individuo: una sociedad libertaria que contara con recursos abundantes y bien distribuidos podría aproximarse a este ideal. Tal y como existe el mundo en la realidad, sin embargo, nunca se está en ninguno de estos extremos; los resultados finales reflejan tanto actitudes internas como condicionantes externos. Probablemente, los factores culturales, económicos y políticos van todos a desempeñar un papel, y su importancia relativa en una situación concreta puede determinarse empíricamente de una forma más exacta que con criterios ideológicos.

El surgimiento de una cultura política «cívica». Causas y consecuencias

El concepto de cultura política ha tenido una historia llena de claroscuros. Sus proponentes han argumentado que la evolución y persistencia de una democracia de masas estable requiere la aparición de ciertas actitudes y hábitos de apoyo entre la población. Esta cultura política consiste en un consenso sobre ciertas reglas del juego o procedimientos constitucionales; y el surgimiento de ciertas actitudes culturales básicas, como la confianza interpersonal y la predisposición a participar en política. Algunos de los principales investigadores que analizaron la transición a la democracia en Alemania Occidental e Italia en el período de la posguerra pusieron un gran énfasis en estos factores (Almond y Verba, 1963; cfr. Lipset, 1960; Banfield, 1958). Aunque la perspectiva de la cultura política ha estado sometida en años subsiguientes a críticas abundantes y fructíferas (Scheuch, 1968; Pizzorno, 1966; Almond y Verba, eds., 1980; López Pintor y Wert Ortega, 1982), sigue siendo un concepto clave en el análisis de los sistemas políticos democráticos. Este concepto no sólo ha sobrevivido un escrutinio minucioso, sino que está recuperando un nuevo ímpetu en la actualidad a la luz de resultados empíricos recientes (Putnam, 1983, 1987; Inglehart, 1987 y de próxima aparición; Barnes, de próxima aparición). El estado de conocimiento actual en este campo se puede resumir de la forma siguiente: está claro que la cultura por sí sola no determina la viabilidad de la democracia; las condiciones económicas, la estructura institucional y otros factores también pueden ser cruciales. Pero parece igualmente claro que las características culturales específicas están vinculadas a la aparición y persistencia de las instituciones democráticas. El surgimiento de la democracia refleja la interacción de factores económicos, culturales e institucionales (ninguno de los cuales es, por sí solo, decisivo). De este modo, las características culturales que prevalecen en una sociedad concreta en un momento y lugar determinados no son inmutables. Están influidas por factores históricos de otro tipo, además de los económicos y políticos. Pero la cultura no es simplemente un epifenómeno. La cultura, a su vez, puede tener un impacto fundamental en la economía y en la política, contribuyendo, por ejemplo, a la tasa de crecimiento económico de una nación, o actuando como condicionante de la viabilidad de la democracia en determinados países.

Uno de los elementos más básicos de una cultura política prodemocrática es una sensación de confianza interpersonal. En *The Civic Culture*, Almond y Verba (1963) concluyeron que la confianza interpersonal es un requisito para la formación de asociaciones secundarias, que, a su vez, son esenciales para una participación política efectiva en cualquier democracia grande. Una sensación de confianza también se requiere para el funcionamiento de las reglas del juego democrático: se debe considerar a la oposición como una oposición *leal*, que no va a encarcelar ni a ejecutar a los que les entregan el poder político, en la que se puede confiar porque va a gobernar dentro de la ley, y porque

va a ceder, a su vez, el poder político a los que ganen las próximas elecciones. Almond y Verba descubrieron que los entrevistados alemanes e italianos ocupaban posiciones relativamente bajas en el *ranking* de confianza interpersonal. Con datos referidos a un momento determinado en el tiempo, resultó imposible establecer si estos resultados podrían atribuirse a factores coyunturales —quizás las duras condiciones del período de posguerra— o si reflejaban diferencias más duraderas. Había alguna razón para creer que los resultados italianos podrían reflejar la herencia de experiencias históricas de muchas décadas.

Porque Banfield (1958) también había descubierto que la sociedad italiana se caracterizaba por un bajo nivel de confianza interpersonal, llegando a grados patológicamente bajos en el sur de Italia, donde la actitud prevaleciente era un «familismo amoral»: la ausencia de sentimientos de confianza u obligación moral hacia cualquiera ajeno a la familia nuclear. Banfield atribuyó este fenómeno a una larga historia de: 1) horrosa pobreza, y 2) dominación extranjera. La confianza en los demás se funda en una expectativa de reciprocidad y no en que se va a abusar de esa confianza. Pero bajo condiciones de extrema pobreza, no existe margen de error: uno no puede apostar por una expectativa de ese orden porque, si se abusa de esa confianza —si no se devuelve un préstamo, por ejemplo—, la familia entera del afectado puede pasar hambre. Sólo es racional confiar en los demás cuando una cultura posee normas eficientes de reciprocidad que se respetan rigurosamente. La subcultura regional del sur de Italia parece carecer de dichas normas; un factor contribuyente puede ser una intensa desconfianza en la autoridad, producto de la larga historia de dominación extranjera explotadora en el sur de Italia. De este modo, la explicación de Banfield está basada en una interacción del desarrollo económico y las experiencias históricas.

Como era de esperar, la interpretación de Banfield suscitó la polémica. Un crítico, Pizzorno (1966), relacionó la falta de confianza y cooperación interpersonal con la estructura social italiana y no con una herencia cultural específica. De forma similar, López Pintor y Wert Ortega (1982), en una serie de encuestas realizadas entre 1968 y 1980, descubrieron que los españoles manifestaban bajos niveles de confianza interpersonal de forma sistemática; su argumento era que la falta de confianza tiende a ser un rasgo característico de las sociedades tradicionales en general. Mientras que las sociedades tradicionales pueden sobrevivir, incluso cuando sólo se confía en aquellos a los que se conoce personalmente, la sociedad moderna solamente puede funcionar cuando la gente no asume que los extraños son enemigos. Las empresas a gran escala y burocracias que posibilitan las organizaciones económicas y políticas modernas dependen de formas de interacción precedibles y fiables entre gentes que son completos entraños entre sí. Puesto que la Europa meridional se industrializó mucho más recientemente que la Europa del Norte, todavía

manifiesta en una medida considerable las características de las sociedades tradicionales.

La relación entre: 1) una cultura de desconfianza y, 2) la presencia o ausencia de estructuras sociales modernas, tiene la ambigüedad causal del tema de la gallina o el huevo: el hecho de que la Europa meridional presente bajos índices de confianza, ¿se debe a no haber desarrollado todavía estructuras organizativas modernas, o (en una variante de la tesis weberiana de la Etica Protestante) acaso se industrializó y desarrolló estructuras organizativas modernas más tardíamente que la Europa del Norte, debido a que su cultura tradicional era relativamente pobre en confianza interpersonal? Con los datos disponibles hasta la fecha no podemos responder a este interrogante de una forma concluyente. La interpretación de Banfield implica que los bajos niveles de confianza son un rasgo característico y persistente de determinadas culturas o subculturas regionales. Sus críticos tienden a poner el énfasis en el impacto del desarrollo económico sobre las pautas culturales. En nuestra opinión, lo más probable parece una relación causal recíproca.

Aunque sea un elemento importante, la confianza interpersonal por sí sola no es suficiente para mantener una democracia de masas estable. También se requiere un compromiso a largo plazo de la población con las instituciones democráticas, a fin de mantener a la democracia cuando las condiciones sean extremadamente dificultosas. Incluso cuando la democracia no tiene respuesta a la pregunta «¿Qué has hecho por mí últimamente?», puede mantenerse con sentimientos difusos de que es una buena cosa inherentemente. Estos sentimientos, a su vez, pueden reflejar éxitos económicos y de otro tipo que se habían vivido hace mucho tiempo o incluso que se habían aprendido de oídas como parte de la socialización temprana de la persona. Los datos que presentamos más adelante indican que, en ciertas sociedades, la gente tiene sentimientos mucho más positivos hacia el mundo en el que vive que en otras. Uno de los mejores indicadores de esta actitud es la satisfacción de las personas ante la vida en general. Se trata de una actitud muy difusa por no estar ligada al comportamiento actual de la economía ni a las autoridades en el poder ni a ningún aspecto concreto de la sociedad. En parte debido a que se trata de una actitud tan difusa, las diferencias interculturales en esta actitud son extraordinariamente persistentes, y pueden contribuir a formar otras actitudes sobre objetos más concretos, como el sistema político.

En su trabajo de campo de 1959, Almond y Verba descubrieron que (a diferencia de los británicos o americanos) pocos alemanes expresaban orgullo por sus instituciones políticas; pero uno de los pocos aspectos de su sociedad sobre el que sí lo expresaban era el funcionamiento de su sistema económico. A corto plazo, esto no proporciona una base adecuada para la legitimación democrática; pero, a un plazo más largo, estos sentimientos pueden contribuir a la evolución de actitudes favorables, en general, a las instituciones bajo las que se vive. Dichos sentimientos pueden desempeñar un papel impor-

tante, fomentando la viabilidad de estas instituciones, incluso cuando no haya a la vista resultados económicos o políticos favorables. Porque las pautas culturales, una vez establecidas, poseen una autonomía considerable y pueden influir en los fenómenos políticos y económicos subsiguientes. Para demostrar este hecho, vamos a considerar el análisis de los datos de encuestas comparativas internacionales, realizadas durante los últimos quince años.

Diferencias interculturales en la satisfacción ante la vida en general y su significación política

El estudio de la cultura política está basado en el supuesto implícito de que existen diferencias interculturales autónomas y bastante persistentes, y de que pueden tener consecuencias políticas importantes. Intuitivamente, estos supuestos parecen plausibles. Pero, hasta la fecha, se han presentado muy pocos datos que los apoyen. Puesto que se trata de supuestos cruciales que subyacen a un tema de mucha controversia, vamos a examinar un conjunto sustancial de datos relevantes, para ver cómo se mantienen estos supuestos en una perspectiva longitudinal.

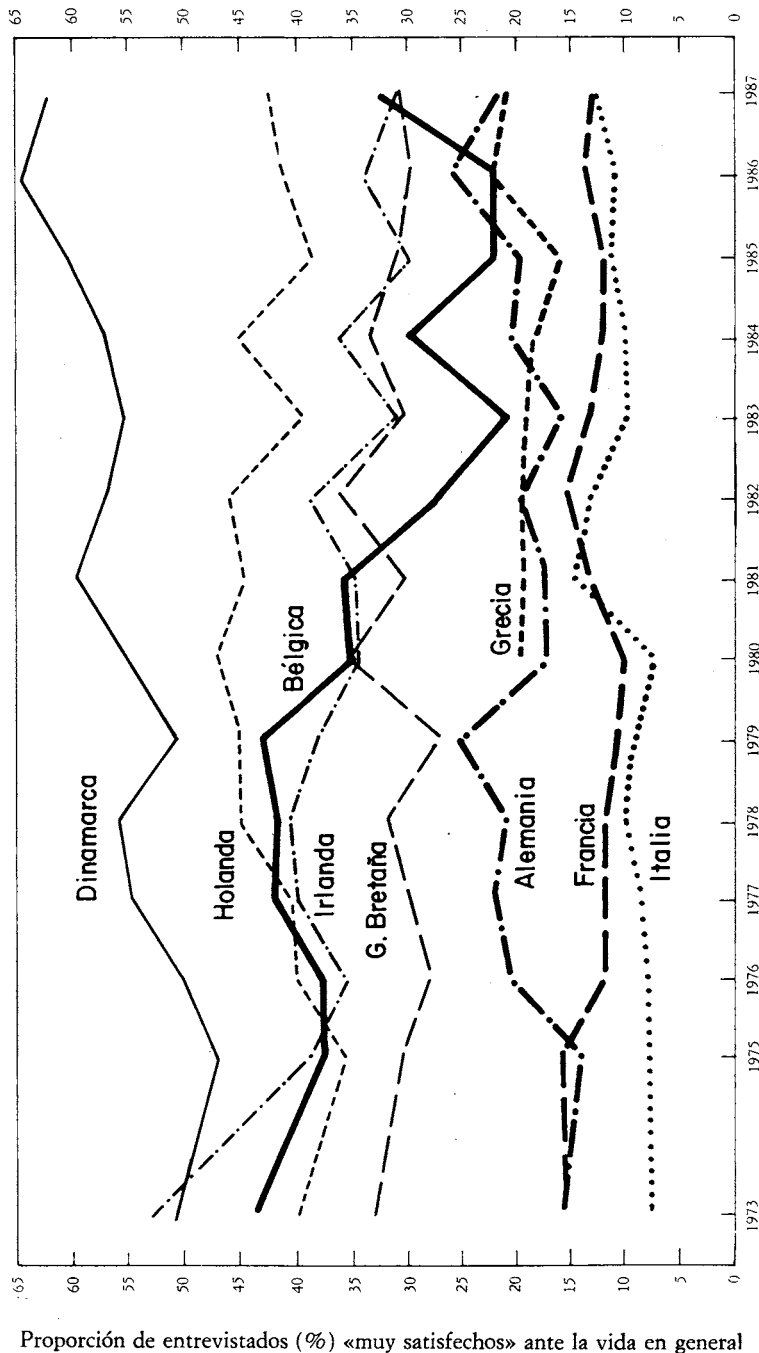
Empezaremos por una de las actitudes más básicas y centrales de todas: si se está, o no, satisfecho de cómo le van a uno las cosas en la vida. La figura 1 ilustra las diferencias entre naciones en respuesta a esta pregunta: «En términos generales, ¿cómo se encuentra usted de satisfecho con su vida en general? ¿Diría que está muy satisfecho, bastante satisfecho, no muy satisfecho, o nada satisfecho?». Esta pregunta se ha utilizado repetidamente en las encuestas del Eurobarómetro, realizadas desde 1973 hasta el presente. La figura 1 resume los resultados de más de 200.000 entrevistas en más de 200 encuestas nacionales representativas de las poblaciones de nueve naciones de la Comunidad Europea.

Encontramos grandes diferencias interculturales que son extraordinariamente estables. Año tras año, los italianos manifiestan el nivel más bajo de satisfacción; desde 1973 a 1978 ocupan el último lugar en el *ranking* todos los años, excepto uno (en que ocupan el penúltimo); nunca durante este período de trece años ha habido más de un 15 por 100 que se autodefina como «muy satisfecho». Los franceses manifiestan unos niveles de satisfacción ante la vida sólo ligeramente superiores a los de los italianos, ocupando el penúltimo lugar todos los años, excepto dos (uno en que ocupan el puesto anterior, y otro el posterior). Nunca ha habido más de un 17 por 100 de franceses que se defina como «muy satisfecho».

En el extremo opuesto, los daneses son los que manifiestan el nivel más alto de satisfacción ante la vida en general todos los años, excepto uno (en que se sitúan los segundos); nunca ha habido menos de un 47 por 100 de daneses que se defina como «muy satisfecho». Los holandeses también ocupan

FIGURA 1

Las diferencias culturales son relativamente duraderas, pero no inmutables: diferencias entre naciones en los niveles de satisfacción ante la vida en general, 1973-1987.
 Basada en encuestas del Eurobarómetro de cada uno de los años respectivos



posiciones altas sistemáticamente a lo largo del período 1973-1987; nunca ha habido menos de un 36 por 100 que se defina como «muy satisfecho» con su vida en general.

Las otras nacionalidades mantienen sus posiciones relativas de una forma extraordinariamente estable, con una sola excepción: los belgas, que sistemáticamente se situaban entre las nacionalidades más satisfechas durante los años setenta, manifiestan un descenso sustancial y prolongado en los ochenta, bajando al sexto lugar en 1986. En los años setenta, entre un 40 y un 45 por 100 de los belgas se definía sistemáticamente como «muy satisfecho»; en 1986, la cifra se había reducido al 25 por 100. Esta caída de entre 15 y 20 puntos no es enorme si la comparamos con la distancia de 50 que separa a los daneses de los italianos en 1986; pero sí representa un descenso sustancial del bienestar subjetivo de los belgas, y destaca en dramático contraste con la estabilidad de conjunto que ofrecen las diferencias entre naciones durante todo el período. Las diferencias culturales son razonablemente estables, pero no eternas. Existen fluctuaciones a corto plazo y, como ilustra el caso de Bélgica, pueden producirse cambios importantes en las posiciones relativas de naciones concretas.

Considerada en conjunto, la estabilidad que muestra la figura 1 es verdaderamente notable. Porque debemos recordar que éste fue un período de fuertes sacudidas económicas; las crisis que tuvieron lugar a mediados de los años setenta y principios de los ochenta constituyeron las dos recesiones más graves desde los años treinta. Además, estas crisis tuvieron un impacto mucho más fuerte en algunas sociedades que en otras. La sensación de bienestar de nuestros entrevistados se vio afectada por estos acontecimientos. El descenso de satisfacción ante la vida en Bélgica puede estar parcialmente relacionado con el hecho de que el desempleo y la inflación en ese país se elevaron a niveles extraordinarios en los años ochenta. Unido al hecho de que el gobierno belga adoptó medidas urgentes de austeridad particularmente severas, que redujeron las prestaciones de desempleo y la asistencia sanitaria —además de congelar las pensiones y los salarios—, el pueblo belga sufrió un descenso del 30 por 100 en sus ingresos reales al comienzo de los años ochenta. De 1973 a 1987, la satisfacción ante la vida descendió significativamente en Bélgica y en Irlanda, dos de los tres países más seriamente afectados por el desempleo y la inflación durante este período. Inversamente, la satisfacción ante la vida mostraba una tendencia a aumentar moderada, pero perceptible, en Alemania, el país con las tasas de inflación más bajas de 1973 a 1987. Así, pues, vemos que hay una correspondencia bastante estrecha entre las fluctuaciones a corto plazo en la satisfacción ante la vida y las experiencias económicas de las sociedades respectivas.

Pero un aspecto mucho más impresionante de la figura 1 es la continuidad cultural, que persistió *a pesar de* estas fluctuaciones coyunturales. A pesar de las dramáticas sacudidas económicas año tras año y de las grandes diferencias

en las experiencias de los distintos países, encontramos una estabilidad extraordinaria en las posiciones relativas de estas poblaciones. Los italianos y los franceses se mantienen a todo trance bastante abajo en el *ranking*, y los daneses y los holandeses cerca de la cúspide. Y a pesar del hecho de que la economía alemana ocupa una posición alta durante este período, tanto en términos absolutos como en su eficiencia relativa, los niveles de satisfacción ante la vida de los alemanes son relativamente bajos de forma continuada (aunque muestran una tendencia gradual a aumentar). Inversamente, tanto los irlandeses como los holandeses tienen una renta *per capita* mucho más baja que los alemanes, y sus economías tuvieron unos niveles de inflación y desempleo considerablemente más elevados que los de Alemania durante esta época; no obstante, tanto los irlandeses como los holandeses continuaron manifestando niveles más altos de satisfacción ante la vida que los alemanes. Aunque las diferencias interculturales en la satisfacción ante la vida responden a cambios económicos, esto solamente ocurre con una carga importante de inercia.

Nuestra conclusión es muy simple, pero muy importante: existe un componente cultural duradero que subyace a estas respuestas. Virtualmente todas las respuestas de encuesta están influidas en alguna medida por el contexto en que se hace la pregunta, y la que nos atañe no constituye una excepción: las respuestas reflejan tanto las fluctuaciones a corto plazo (resultado de los acontecimientos inmediatos económicos, sociales y políticos) como un componente cultural continuado. Mediante procedimientos estadísticos es posible distinguir entre el componente cultural subyacente y los trastornos coyunturales. En el caso que nos ocupa, las diferencias culturales a largo plazo son tan pronunciadas que pueden percibirse en seguida con una mera inspección visual. En casos más complejos, pueden ser necesarios análisis estadísticos para medir las diferencias interculturales persistentes, depuradas de las fluctuaciones coyunturales; pero el principio sigue siendo el mismo. Aunque cualquier *item* de una encuesta determinada es un indicador imperfecto de un componente cultural subyacente, las diferencias interculturales duraderas existen y pueden medirse.

El que los daneses sean realmente más felices que los italianos en algún sentido absoluto es una cuestión epistemológica, difícil de resolver inherentemente. Una forma de evitar esta dificultad sería prescindir de las diferencias que hay entre naciones, considerándolas el resultado de una mala traducción, o argumentar que la palabra para indicar satisfacción tiene connotaciones diferentes en los distintos idiomas: *satisfait* y *zufrieden* no son equivalentes a *satisfied* *. Esta explicación puede resultar tentadora, pero no parece defendible.

Hay numerosas razones por las que esta explicación aparentemente plausible no se mantiene cuando la examinamos más detenidamente. Una de ellas está ilustrada por el caso de Suiza. Los suizos tienen tres idiomas diferentes

* Nota de la traductora: La traducción en castellano sería «satisfecho».

que coinciden con tres de los idiomas utilizados en otras naciones de estas encuestas. Como demuestran los datos que se presentan en la figura 2, los suizos se sitúan muy arriba en la escala de satisfacción ante la vida. De hecho, los suizos de habla alemana, francesa e italiana expresan todos unos niveles mayores de satisfacción que los alemanes, los franceses y los italianos con quienes comparten su lengua. Los suizos, efectivamente, se encuentran por encima de *todas* las otras nacionalidades, excepto de los daneses y los suecos, quienes, esencialmente, están iguales. Estos resultados de Suiza destruyen cualquier intento de explicación de las diferencias que existen entre naciones como un mecanismo del lenguaje.

El caso suizo por sí solo es tan perjudicial para la hipótesis de que existen problemas de traducción, que puede parecer superfluo proporcionar más datos sobre ello. Pero existen muchos más. Los datos belgas proporcionan otro ejemplo. La mayoría de los belgas hablan francés o una variante del holandés. Pero durante el período 1973-1979, incluso los belgas de habla francesa estaban muy por encima de los franceses, y compartiendo más o menos el mismo lugar que los holandeses en felicidad y satisfacción. Aquí, de nuevo, la nacionalidad parece ser un predictor del bienestar subjetivo mucho más potente que el lenguaje. Además, tenemos el contraste holandés-alemán. Los dos idiomas están muy relacionados y las palabras holandesas para «satisfecho» y «feliz» son afines a sus equivalentes en alemán. Pero los holandeses se sitúan sistemáticamente por muy encima de los alemanes en satisfacción ante la vida y felicidad.

Finalmente, como veremos en seguida, las nacionalidades que ocupan un puesto elevado en el *ranking* de satisfacción ante la vida también muestran una fuerte y sólida tendencia a ocupar un puesto alto en felicidad. Para atribuir las diferencias que existen entre naciones a mecanismos lingüísticos, nos veríamos obligados a suponer que virtualmente todo el mundo que ha hecho investigación sobre el tema se ha tropezado de alguna manera con el mismo tipo de traducción incomparable, no sólo para el término satisfacción, sino también para el de felicidad. Aunque incapaces de encontrar palabras equivalentes para el *mismo* concepto, sí consiguieron encontrarlo para *otro* concepto, que distorsionó los resultados exactamente en la misma dirección y casi exactamente en la misma medida en todos los países. Lograr esto accidentalmente sería milagroso.

Pero, exactamente, ¿qué *es* lo que subyace a estas grandes diferencias más bien estables entre naciones? ¿Puede ser cierto que los italianos, franceses, alemanes y griegos sean realmente mucho menos felices y estén menos satisfechos con sus vidas que los daneses, suizos, holandeses e irlandeses? ¿Podría el destino ser tan despiadado como para condenar a la infelicidad a nacionalidades enteras, simplemente por haber nacido en el sitio inadecuado? La idea es difícil de aceptar, no solamente porque parece injusta, sino porque implica que existen diferencias profundas en el funcionamiento del organismo humano

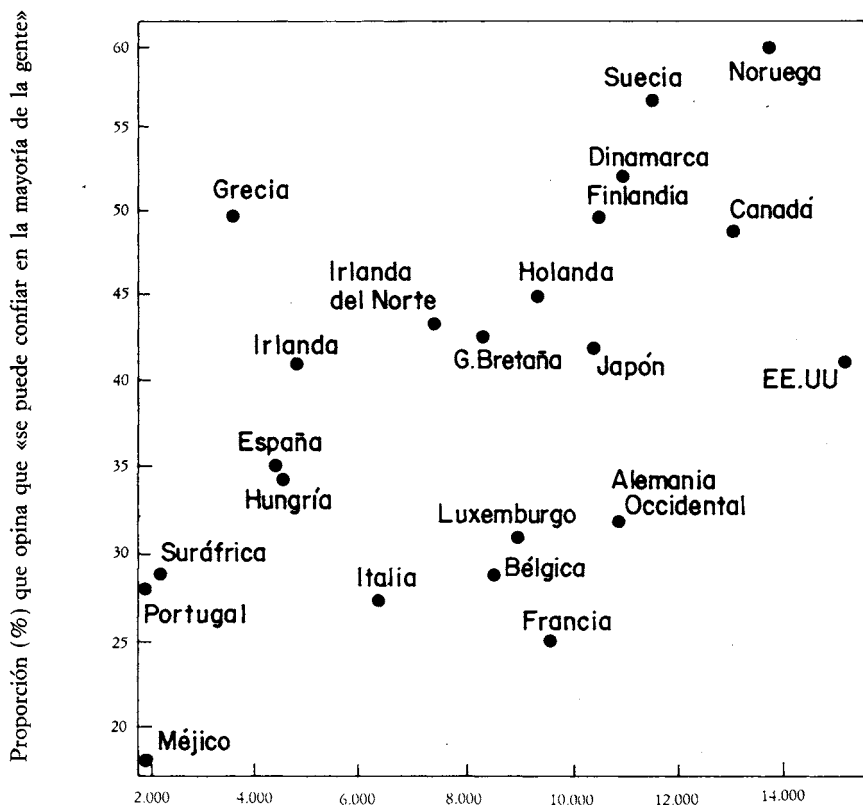
de una nación a otra. ¿Podría ser cierto, verdaderamente, que la experiencia de vida de los italianos sea opresiva por lo general, mientras que los suizos, que viven literalmente en la puerta de al lado, la encuentren agradable? La idea es concebible, pero no parece coherente con una gran cantidad de resultados provenientes de la investigación social, que indican que los seres humanos, por lo general, funcionan de formas similares. Además, parece incompatible con algunos de los resultados más sobresalientes de otra investigación sobre este mismo tema.

Sugerimos que las diferencias entre naciones tienen un componente cultural importante: aunque no reflejan los distintos idiomas utilizados, sí reflejan normas culturales diferentes. Períodos prolongados de bienestar o frustración pueden reforzar o debilitar las normas prevalecientes en una sociedad determinada, lo que conduce a predisposiciones relativamente positivas o cínicas que influyen las respuestas, independientemente de cómo le están yendo las cosas a la gente. Las variaciones a corto plazo reflejan la experiencia inmediata, pero las diferencias persistentes entre naciones reflejan normas culturales cognitivas, más que el pesar y la alegría individuales (lo cual *no* quiere decir que sean superficiales). Muy al contrario, reflejan diferencias de opinión profundas y omnipresentes: los bajos niveles de satisfacción ante la vida van unidos a actitudes negativas ante la sociedad en su conjunto. Y, como vamos a ver a continuación, estas actitudes tienen consecuencias políticas importantes. Las diferencias interculturales en la satisfacción ante la vida reflejan un fenómeno muy enraizado y fiable empíricamente. Como muestra la figura 1, no sólo es fiable, obteniéndose resultados similares año tras año al repetirse las mediciones. También es consistente, manteniéndose aun cuando el fenómeno se mide en múltiples formas diferentes. Por ejemplo, en lugar de utilizar las cuatro categorías verbales descritas anteriormente, la pregunta se ha hecho utilizando una escala de 11 puntos que va del cero, definido como «nada satisfecho» con la vida en general, al 10, definido como «muy satisfecho». Las clasificaciones comparativas nacionales obtenidas son virtualmente idénticas a las que muestra la figura 1 (como demuestra la figura 2 a continuación).

Además, este fenómeno persiste incluso cuando preguntamos sobre el tema en formas completamente distintas. Desde 1975 a 1987, en un total de 106 muestras nacionales representativas, las encuestas del Eurobarómetro preguntaban: «Hablando en términos generales, ¿cómo le van las cosas estos días? ¿Diría usted que está muy feliz, bastante feliz, o no demasiado feliz?». Aquí no se está simplemente haciendo la misma pregunta de forma diferente; se está haciendo una pregunta distinta. Porque la felicidad y la satisfacción ante la vida en general son conceptualmente diferentes (Campbell y Converse, 1976; Andrews y Withey, 1976). No obstante, si la felicidad y la satisfacción ante la vida tienen ambas que ver con una sensación general de bienestar, las poblaciones que ocupan un lugar elevado en el *ranking* de satisfacción ante la vida también deberían ocuparlo en el de felicidad. Estas expectativas están

FIGURA 2A

Confianza interpersonal, según el desarrollo económico.
Niveles de confianza de la «World Values Survey», 1981, y datos
del Eurobarómetro 25 (abril 1986), para Grecia, Portugal y Luxemburgo.
($r=0,57$)



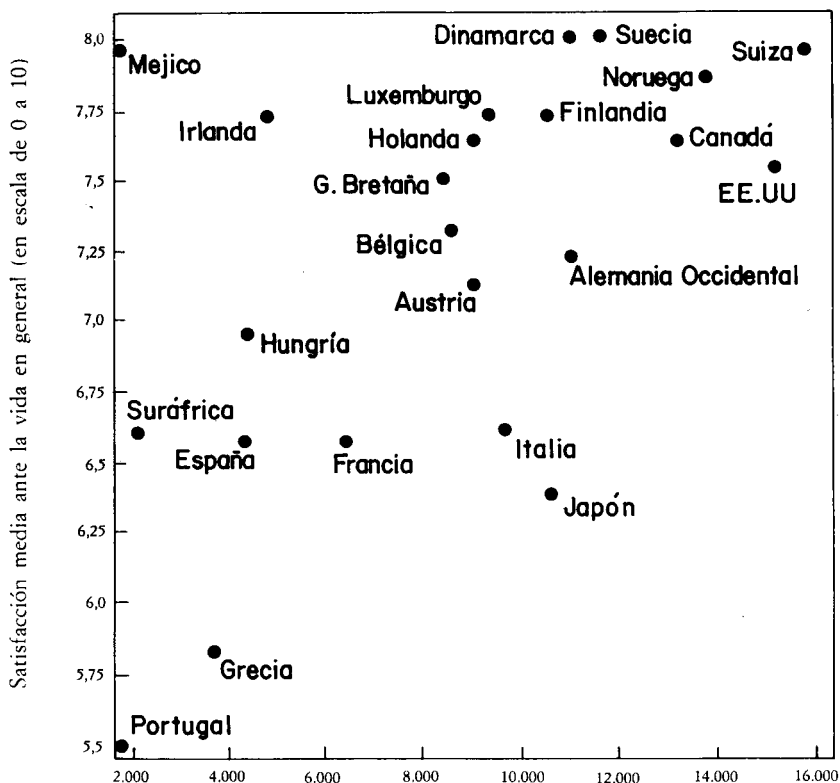
sobradamente sustentadas por datos empíricos: la correlación, en las naciones comparadas, entre felicidad y satisfacción ante la vida es de 0,86 entre 1975 y 1987. A lo largo de este período, los italianos y los franceses manifestaron sistemáticamente los niveles más bajos de felicidad entre las nueve nacionalidades que han sido miembros de la Comunidad Europea desde 1973. Inversamente, los holandeses y los daneses manifestaron los niveles más elevados de felicidad, casi siempre ocupando el primer y segundo puesto, respectivamente. Además, el nivel decreciente de satisfacción ante la vida de los belgas de 1980 a 1987, se hace eco en un descenso similar de la felicidad.

FIGURA 2B

Satisfacción ante la vida, según el desarrollo económico.

Datos de la misma fuente que los de la figura 2A.

$(r=0,54)$



Sugerimos que el componente cultural de estas diferencias entre naciones refleja la experiencia histórica propia de las nacionalidades respectivas. Largos períodos de expectativas decepcionantes dan origen a actitudes únicas. Estas actitudes pueden transmitirse de generación en generación mediante la socialización previa a la madurez. En la medida en que el aprendizaje temprano tiende a ser relativamente persistente, se contribuye a la estabilidad de las características culturales propias. El hecho de que podamos identificar de alguna forma las causas históricas de unas determinadas diferencias interculturales no quiere decir, desde luego, que vayan a desaparecer. Siguen siendo caracterís-

ticas culturales importantes que contribuyen a explicar el comportamiento propio de unas nacionalidades determinadas.

Sugeríamos que una de las fuentes más importantes de las variaciones culturales es el nivel de desarrollo económico de una sociedad determinada: la seguridad económica tiende a aumentar el sentido de satisfacción ante la vida prevaleciente en una sociedad, dando lugar gradualmente a una norma cultural relativamente importante. Esta suposición está fundamentada en datos empíricos. En primer lugar, como hemos visto, existe una tendencia a que la satisfacción ante la vida aumente o disminuya de forma gradual en respuesta a las fluctuaciones económicas coyunturales: a pesar del predominio de la estabilidad, la satisfacción ante la vida de los belgas descendió, y la de los alemanes aumentó ligeramente, en respuesta a sus experiencias respectivas de 1973 a 1986. Pero nuestra sospecha es que las diferencias interculturales observadas reflejan experiencias históricas que se extienden desde diversas generaciones, o incluso siglos, y no solamente en los últimos doce años más o menos. No es posible probar esta hipótesis con datos de encuesta de hace uno o dos siglos, pero podemos utilizar la tendencia del estudio transversal para proporcionar un test alternativo: si la seguridad económica es conducente a unos niveles relativamente altos de satisfacción ante la vida, podríamos esperar que las poblaciones de los países prósperos manifestaran mayor satisfacción que las de países más pobres. De forma similar, por las razones apuntadas anteriormente, se podría esperar que las poblaciones de los países más prósperos manifestaran niveles relativamente más elevados de confianza interpersonal. Los datos de la figura 2 prueban esta hipótesis.

La correlación total entre el producto nacional bruto *per capita* y la confianza interpersonal es de 0,57. La correlación entre el PNB *per capita* y la satisfacción ante la vida en la figura 2 es de 0,54: la prosperidad *va unida* a unos niveles relativamente elevados de satisfacción ante la vida en las 22 naciones para las que tenemos datos desde 1980. Este punto había sido objeto de controversia en estudios previos. Cantril (1965) analizó datos recogidos en 14 países durante los años cincuenta y descubrió que las poblaciones de los países que eran más ricos *sí* manifestaban unos niveles más altos de bienestar subjetivo. Easterlin (1974) volvió a analizar los datos de Cantril, y concluyó que la correlación, en realidad, era más bien débil: poniendo el énfasis en el hecho de que algunas naciones pobres (como Egipto) manifestaban mayor satisfacción ante la vida que otras relativamente ricas (como Alemania Occidental), defendió que el desarrollo económico tenía poco impacto en el bienestar subjetivo. En un estudio más reciente, basado en una serie de naciones más amplia, Gallup (1976) descubrió una correlación relativamente elevada entre el desarrollo económico y la satisfacción ante la vida; su conclusión es que ambos *están* relacionados. Los datos actuales también muestran una correlación elevada entre el desarrollo económico y la satisfacción ante la vida. La interpreta-

ción que se le dé a este hecho depende de la perspectiva teórica que adoptemos. Si nos acercamos al tema con la expectativa de que el bienestar subjetivo sea casi por completo resultado de factores económicos, como puede haber hecho Easterlin, el descubrimiento crucial consiste en que, claramente, esto no es así. Con los datos de la figura 2, el nivel económico de una nación solamente explica el 30 por 100, aproximadamente, de la varianza de la satisfacción ante la vida. En los datos que analizó Easterlin, los factores económicos explican una parte incluso menor de la varianza. Desde la perspectiva de Easterlin, el determinismo económico quedó francamente desacreditado.

Sin embargo, si se enfoca la cuestión con la expectativa de que el nivel de desarrollo económico de una nación sea solamente uno de los diversos factores históricos que influyen en las diferencias interculturales sobre la satisfacción ante la vida, entonces, los datos claramente no apoyan la hipótesis. Aquí, como en el caso de Easterlin, se pueden señalar algunos casos anómalos: Irlanda, con un PNB *per capita* inferior a la mitad del de Alemania Occidental, manifiesta un nivel más alto de satisfacción ante la vida. Y México, con un quinto aproximadamente del PNB *per capita* de Alemania Occidental, manifiesta, incluso, un nivel más elevado de satisfacción ante la vida que Irlanda. En términos de estos datos, los alemanes se quedan algo cortos frente a los mexicanos, que más bien se sobrepasan. No obstante, la tendencia general es clara: las naciones más ricas tienden a mostrar mayores niveles de satisfacción ante la vida que las pobres. Un hecho igualmente claro, sin embargo, es que el desarrollo económico no es la única variable explicativa; otros factores históricos también tienen que estar implicados. Puede ser significativo, por ejemplo, el hecho de que las poblaciones de las tres potencias del Eje —Alemania, Japón e Italia— tiendan a quedarse cortas en satisfacción ante la vida. El traumático desprestigio de sus sistemas sociales y políticos que acompañó a su derrota en la Segunda Guerra Mundial puede haber dejado un legado de cinismo, que su posterior cambio social y éxito económico no ha borrado todavía por completo. Pero no es necesario que intentemos solucionar aquí este tipo de cuestiones. Por el momento basta con señalar, simplemente, que, aunque el desarrollo económico no es el único factor implicado, sí parece ir unido a unos niveles relativamente elevados de satisfacción ante la vida.

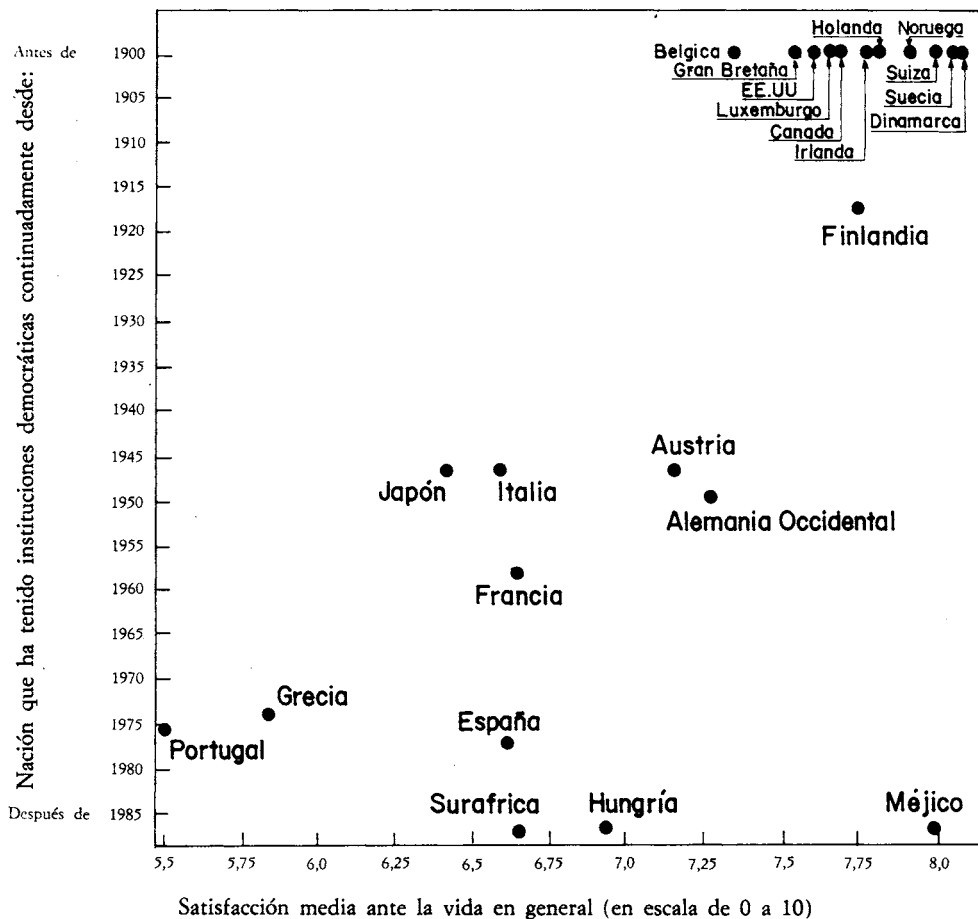
La satisfacción ante la vida, a su vez, constituye tan sólo un aspecto de un síndrome más amplio de actitudes positivas hacia el mundo en que se vive, que parece estar unido a la viabilidad de las instituciones democráticas. Este tipo de vínculos causales son difíciles de demostrar. El hacerlo concluyentemente requeriría datos longitudinales sobre cultura política de un nutrido grupo de naciones, algunas de las cuales se convirtieron en democracias durante el curso de una larga serie de años, mientras que otras no. Nuestra interpretación implica que en las naciones caracterizadas por unos niveles elevados de satisfacción ante la vida (así como de confianza interpersonal, tolerancia, etcétera) sería más probable que se adoptaran y mantuvieran instituciones de-

mocráticas que en aquellas otras, cuyas poblaciones carecieran de dichas actitudes. A la inversa, sería más probable que las instituciones democráticas encontraran más tropiezos en naciones con niveles bajos de satisfacción ante la vida, confianza, etc. Esta clase de datos será de difícil obtención, tanto por requerir un proceso a largo plazo de recogida de datos en muchos países durante años, como por el hecho de que los gobiernos de los países no democráticos habitualmente dificultan la investigación con encuestas. En principio, sin embargo, es posible adquirir dichos datos, y éste es un objetivo por el que merece la pena luchar: probablemente no conseguiremos el óptimo, pero, ciertamente, podremos mejorar lo que tenemos en la actualidad. Entre tanto, vamos a examinar la tendencia manifestada entre naciones: ¿es cierto que las instituciones democráticas han surgido antes y durado más tiempo en naciones con niveles más altos de satisfacción ante la vida en general que en las que se caracterizan por unos niveles de satisfacción relativamente bajos?

Como demuestra la figura 3, la respuesta es afirmativa. Se da una tendencia muy marcada a que los niveles de satisfacción elevados vayan unidos a la existencia continuada de instituciones democráticas durante períodos de tiempo relativamente largos. En las 22 naciones representadas en la figura 3, la correlación total entre la satisfacción ante la vida y el número de años continuados que ha funcionado una nación democráticamente es de 0,72. Sobre añadir que nuestra inferencia causal sería más sólida si tuviéramos datos de encuestas sobre niveles de satisfacción ante la vida desde una época muy anterior —como desde 1900—, pero estos datos no existen. Utilizamos datos *ex post facto* desde 1981 como un indicador de las posiciones relativas anteriores en la historia: los datos indican que estas posiciones son bastante estables, pero este procedimiento introduce, sin duda, un cierto error de medición (que tenderá a ir *contra* nuestra hipótesis). Puesto que nuestra atención está centrada en los efectos de la cultura política nacional, codificamos a la democracia como una forma de gobierno que no ha podido sobrevivir cuando su colapso se debió a causas *internas*, y no en el caso de una conquista proveniente del exterior. Por esta definición, literalmente *las once* naciones que mantuvieron instituciones democráticas de forma continuada desde 1900 o antes manifiestan unos niveles de satisfacción ante la vida relativamente elevados (por encima del 7,25 en una escala del 0 al 10). Entre las once naciones en las que las instituciones democráticas no han surgido hasta 1945, o que no son todavía completamente democráticas, todas excepto una tienen unos niveles medios de satisfacción ante la vida inferiores a 7,25, y en algunos casos muy inferiores. El único caso anómalo observado lo constituye México. Hemos sido rigurosamente conservadores al codificar México, donde existe una libertad de prensa considerable y donde se permite que partidos políticos genuinamente autónomos se organicen y puedan presentarse a las elecciones. Debido a que estas elecciones son manipuladas descaradamente por un partido político que se ha mantenido de forma continuada en el poder durante las dos últimas generaciones,

FIGURA 3

Satisfacción media ante la vida y democracia estable.
 Datos de la «World Values Survey» y las encuestas del Eurobarómetro.
 ($r=0,72$)



hemos codificado a México como un país no democrático, igual que Suráfrica. México constituye un caso de desviación tan extrema que, por sí mismo, hace descender la correlación de 0,79 a 0,72. Nuestros resultados son análogos a otros anteriores de Almond y Verba, en los que los mexicanos manifestaban unos niveles de satisfacción con su sistema político anómalamente altos, a pesar de sus condiciones relativamente negativas. Parece posible que los cambios que trajo consigo la revolución mexicana de 1911, en que el poder pasó finalmente

de manos de la minoría étnica española a la mayoría de mestizos, tuvieran una importancia simbólica tan enorme que el grueso de la población todavía sienta una identificación fuerte y desproporcionada con las instituciones de su sociedad, de las que se siente orgulloso.

Nuestra codificación de Francia es, por lo menos, igualmente rigurosa: este país se ha codificado como si sólo hubiera tenido instituciones democráticas de forma continuada desde 1958, debido a que el levantamiento militar que acabó con la IV República y trajo a De Gaulle al poder no fue de origen externo, sino que lo llevó a cabo el ejército francés. Es cierto que el último primer ministro de la IV República invitó a De Gaulle a formar gobierno; pero también está claro que lo hizo porque el ejército francés lo estaba exigiendo. Se convocaron elecciones libres poco después, siendo muy breve la suspensión de la democracia; pero, como testifican los levantamientos militares subsiguientes de 1960 y 1962, la democracia en Francia se mantuvo inestable durante un tiempo.

Es concebible que tengamos la dirección de la causalidad invertida: quizás el vivir muchas décadas bajo instituciones democráticas produzca una mayor satisfacción ante la vida. No descartamos este factor, sino, *al contrario*, creemos que contribuye de alguna manera a la satisfacción ante la vida en general. Pero consideraciones teóricas sugieren que, principalmente, funciona al revés: parece más probable que una sensación global de bienestar forme las actitudes políticas personales y no que lo que se vive en un aspecto relativamente restringido de la vida determine la sensación de satisfacción global de las personas. De acuerdo con este razonamiento, Andrews y Withey (1976) concluyeron que la satisfacción política sólo tiene un impacto relativamente modesto en la satisfacción ante la vida de la mayoría de la gente; la satisfacción con el trabajo, la casa, la vida familiar y el ocio contribuyen individualmente en mayor medida.

La satisfacción general ante la vida es parte de un síndrome amplio de actitudes que refleja si se tienen o no actitudes relativamente positivas o negativas hacia el mundo en que se vive. La satisfacción ante la vida, la felicidad, la confianza interpersonal, y el que se esté a favor de un cambio social radical o se defienda la sociedad existente, forman parte conjuntamente de un conglomerado cultural que está estrechamente relacionado con que las instituciones democráticas hayan existido durante mucho tiempo en una sociedad determinada. Estas actitudes parecen constituir un aspecto profundamente arraigado de determinadas culturas, formando un componente de larga duración que subyace a los niveles absolutos de satisfacción con la actuación gubernamental en cualquier momento dado: aunque la satisfacción política manifiesta fuertes fluctuaciones de un mes a otro, las poblaciones de algunas sociedades manifiestan de un modo sistemático unos niveles más altos de satisfacción que las de otras.

Claramente, los resultados precedentes no demuestran de forma conclu-

yente el papel de la cultura política en el mantenimiento de la democracia. Pero sí demuestran que un síndrome coherente y razonablemente estable de actitudes específicas de masas caracterizan a las poblaciones de naciones concretas, y que este conjunto de actitudes interrelacionadas muestra una fuerte tendencia a estar unido a la presencia de instituciones democráticas estables.

¿Proporciona un marco adecuado este conjunto de orientaciones culturales para el florecimiento de las instituciones democráticas? O, por el contrario, ¿es la experiencia de vivir muchas décadas bajo instituciones democráticas lo que produce una cultura caracterizada por unos niveles altos de satisfacción ante la vida, confianza interpersonal, etc.? El esclarecimiento de estas relaciones causales no es fácil. En un libro de este mismo autor (de próxima aparición) se presenta un análisis más exhaustivo de las relaciones entre la cultura y la democracia (así como entre la cultura y el desarrollo económico).

Un análisis concluyente de estas relaciones requerirá un control a largo plazo de estas variables culturales y de los fenómenos económicos y políticos.

Aunque los acontecimientos económicos y políticos ya están siendo medidos razonablemente bien, el control de los fenómenos culturales apenas ha empezado. Un cuerpo creciente de datos sugiere que las variables culturales pueden tener un impacto importante tanto en la economía como en la política, y que en las sociedades occidentales están teniendo lugar cambios culturales masivos (Inglehart, 1982; de próxima aparición). Una comprensión adecuada del tipo de futuro que está surgiendo en las sociedades industriales avanzadas requerirá que se preste atención al componente cultural de lo que está sucediendo.

(Traducido por Natalia GARCÍA-PARDO.)

REFERENCIAS

- ALMOND, Gabriel, y VERBA, Sidney (1963): *The Civic Culture*, Princeton: Princeton University Press.
- (eds.) (1980): *The Civic Culture Revisited*, Boston: Little, Brown.
- ANDREWS, Frank M., y WITHEY, Stephen (1976): *Social Indicators of Well-Being*, Nueva York: Plenum Press.
- BANFIELD, Edward (1958): *The Moral Basis of a Backward Society*, Chicago: Free Press.
- CAMPBELL, Angus E.; CONVERSE, Phillip E., y RODGERS, Willard L. (1976): *The Quality of American Life*, Nueva York: Russell Sage.
- CANTRIL, Hadley (1965): *The Pattern of Human Concerns*, New Brunswick: Rutgers University Press.
- EASTERLIN, David (1974): «Does economic growth improve the human lot?: some empirical evidence», en P. DAVID y M. REDER (eds.), *Nations and Households in Economic Growth*, Nueva York: Academic Press.
- GALLUP, George H. (1976): «Human needs and satisfactions: A global survey», *Public Opinion Quarterly*, 41: 459-467.

- INGLEHART, Ronald (1982): «Le Post-materialisme Face à la Crise», *Futuribles*, 58 (septiembre): 55-83.
- (1987): «Controversy: value change in industrial societies», *American Political Science Review*, 81, 4: 1289-1303.
- (de próxima aparición): *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton: Princeton University Press.
- LIPSET, Seymore M. (1960): *Political Man*, Garden City: Doubleday.
- LÓPEZ-PINTOR, Rafael, y WERT ORTEGA, José I. (1982): «La otra España: Insolidaridad e intolerancia en la tradición político-cultural española», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, 19 (julio-septiembre 1982), 7-25.
- PIZZORNO, A. (1966): «Amoral familism and historical marginality», *International Review of Community Development*, 15.
- PUTNAM, Robert, *et al.* (1983): «Explaining Institutional Success: The Case of Italian Regional Government», *American Political Science Review*, 77: 55-74.
- WEBER, Max (1958): *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Nueva York: Scribners (publicado originalmente en 1904-1905).